



TREINTA
DOBLONES
DE ORO

JESÚS SÁNCHEZ ADALID

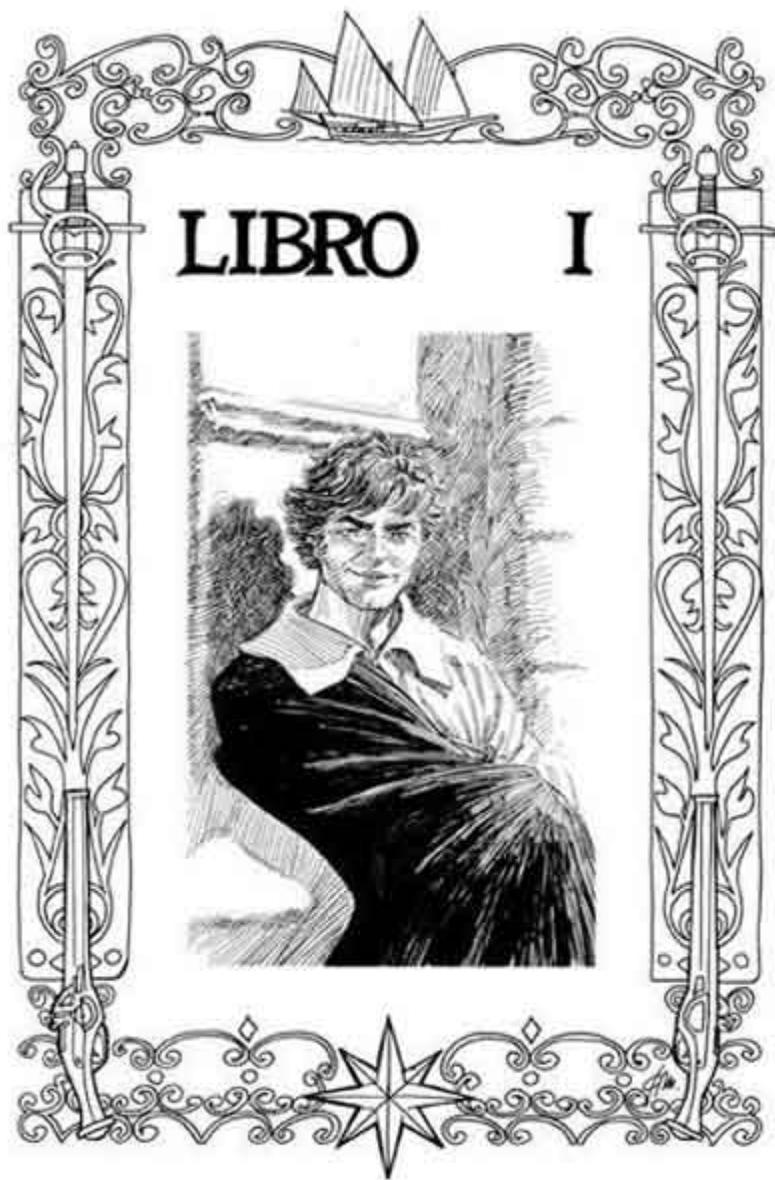


En las postrimerías del siglo XVII, la esplendorosa Sevilla languidece al perder su monopolio de los negocios de ultramar, como consecuencia de las nuevas leyes de la Contratación, que benefician a Cádiz.

En un noble caserón, el joven Cayetano sirve como contable de don Manuel de Paredes, cuando se recibe una fatal noticia: el navío Jesús Nazareno se ha hundido por un temporal; la preciada carga se ha perdido en el fondo del mar, naufragando las últimas esperanzas de salir de la ruina de don Manuel, su esposa y su servidumbre, que habían invertido todos sus bienes en la empresa.

La casa y las pertenencias familiares están hipotecadas y se presenta un porvenir incierto... No obstante, se enciende una luz de esperanza gracias a unas propiedades heredadas en las Islas Canarias. Hay pues que viajar allá y afrontar peligros y adversidades...

Sin perder el tono aventurero, el autor nos introducirá en el misterio profundo del ser humano, sus temores, sus dudas y sus esperanzas, entre originales episodios llenos de humor y vitalidad.



LIBRO I

**Donde se cuenta cómo entré a servir
a don Manuel de Paredes y Mexía**

1. UNA AMARGA E INESPERADA NOTICIA

Nunca podré olvidar aquel día nuboso, espeso, que parecía haber amanecido presagiando el desastre. La noche había sido sofocante e insomne para mí, y a media mañana me hallaba en el despacho copiando una larga lista de precios. En una estancia lejana un reloj dio la hora. Luego sopló un viento recio y tuve que cerrar la ventana porque la lluvia golpeaba contra el alféizar y salpicaba mojando los papeles. Soñador como soy, abandoné la pluma y los cuadernos y salí al patio interior para gozar escuchando el golpeteo del agua que goteaba de todas partes. En medio de mis preocupaciones, un sentimiento de equilibrio embelesado me poseyó, quizás al percibir el fresco aroma de las macetas húmedas.

Pero, en ese instante, se oyó un espantoso grito de mujer en el piso alto de la casa. Luego hubo un silencio, al que siguió un llanto agudo y el sucederse de frases entrecortadas, incomprensibles, hechas de balbucientes palabras. Doña Matilda acababa de recibir una fatal noticia, y yo, estremecido por el grito y el crujir de la lluvia, me quedé allí inmóvil sin saber todavía lo que le había sido comunicado.

Un momento después, una de las mulatas atravesó el patio, compungida, sin mirar a derecha ni izquierda, y subió apresuradamente por la escalera. Tras ella apareció don Raimundo, el administrador, empapado y sombrío; me miró y meneó la cabeza con gesto angustiado, antes de decir con la voz quebrada:

—El *Jesús Nazareno* se ha ido a pique... ¡La ruina!

—¡No puede ser! —repliqué sin dar crédito a lo que acababa de oír—. ¡El navío zarpó ayer!

Don Raimundo se hundió en la confusión y tragó saliva, diciendo en voz baja:

—Los marineros que pudieron salvarse llegaron a la costa al amanecer, después de remar durante toda la noche en los botes... Pero la carga... —Volvió a tragar saliva—. Toda la carga está en el fondo del mar...

El administrador no era de suyo un hombre alegre; seco, avinagrado y cetrino, parecía haber nacido para dar malas noticias. Sacó un pañuelo del bolsillo, se enjugó la frente y el rostro empapado, suspiró profundamente como infundiéndose ánimo y, mientras empezaba a secarse la calva, rezó acongojado:

—¡Apiádate de nosotros, Señor! ¡Santa María, socórrenos!

Acababa de musitar estas imprecaciones cuando doña Matilda se precipitó hacia la balaustrada del piso alto, despeinada, agarrándose los cabellos como si quisiera arrancárselos y exclamando con desesperación:

—¡Qué desgracia tan grande! ¡No quiero vivir!

Era una mujerona grande de cuerpo, imponente, que alzaba la pierna gruesa por encima de la baranda haciendo un histriónico aspaviento, como si pretendiera arrojar al vacío. Sus esclavas mulatas, Petrina y Jacoba, salieron tras ella y la asieron firmemente para conducirla de nuevo al interior. Forcejearon; con sus manos oscuras la sujetaban por los brazos rollizos y blancos y le tapaban los muslos con las enaguas, evitando pudorosamente que enseñara demasiado. Aunque en los ademanes de doña Matilda, evidentemente, no había ánimo alguno de suicidio, por más que siguiera gritando:

—¡Dejadme que me mate! ¡No quiero vivir!

En esto salió don Manuel al patio, pálido y lloroso; clavó en nosotros una mirada llena de ansiedad y luego alzó la cabeza para encontrarse con la escena que se desenvolvía

en el piso alto. Al ver lo que sucedía, gimió y después subió a saltos la escalera, con una mano en la barandilla y la otra en su bastón. Cuando llegó arriba, se detuvo jadeando en espera de recobrar el aliento, para a continuación irse hacia su esposa suplicando:

—¡Por Dios, Matilda, no hagas una locura! ¡No te dejes llevar por el demonio, que no hay salvación para quienes se quitan la vida!

La lluvia arreciaba, incesante, insistiendo en salpicar desde los tejados, desde los chorros impetuosos de los canalones, desde los aliviaderos... Y en el mundo todo parecía desconsuelo, como si cuanto había quisiera también hundirse en la nada del océano, como la fabulosa carga del *Jesús Nazareno*, y las aguas ahogasen las últimas esperanzas de don Manuel de Paredes y de doña Matilda, que eran también nuestras únicas esperanzas.

2. UNA PROSAPIA TRONADA

Para que pueda comprenderse el alcance de la tragedia que supuso la noticia del hundimiento del navío llamado *Jesús Nazareno*, referiré primeramente la situación en que me encontraba yo por entonces y lo que sucedía en aquella casa.

Por razones que ahora no vienen al caso explicar con detenimiento, tuve que emplearme al servicio de don Manuel de Paredes y Mexía, que era corredor de lonja; aunque pudiera decirse que ésa no era su única profesión, ya que atesoraba toda una retahíla de títulos que, no obstante su rimbombancia, no aliviaban su inopia. Porque don Ma-

nuel de Paredes y Mexía era, fundamentalmente, un hombre arruinado. Entré en su oficina como contable y enseguida me cercioré de esa penosa circunstancia, por mucho que el administrador, don Raimundo, tratase por todos los medios de ocultármela o al menos de disimularla. Pues no bien habían pasado los dos primeros días de mi trabajo, cuando me abordó en plena calle un hombre sombrío que, sin recato alguno, se presentó como el anterior contable, es decir, mi predecesor en el oficio; y me previno de que no me ilusionase pensando percibir salario alguno de aquel amo, puesto que a él le adeudaba los dineros correspondientes a cuatro años, como igualmente sucedía con otros muchos criados y empleados de la casa que, hartos de trabajar de balde, se habían despedido.

El aviso me dejó perplejo. Mas, considerando que por aquel entonces no podía fiarse uno de lo primero que le dijera cualquiera en la calle, hice mis averiguaciones. Y gracias a las conversaciones que escuché y a los papeles y notas que escudriñé en los registros, pude conocer en profundidad cuál era el estado de cuentas de mi nuevo amo: en efecto, había entrado yo al servicio de una hacienda completamente venida a menos. Nada tenía en propiedad don Manuel de Paredes, excepto su nombre, sus apellidos, su hidalguía y sus pomposos títulos que únicamente le servían para engañarse tratando de guardar las apariencias. Ni siquiera era suyo aquel precioso caserón situado en el barrio de la Carretería de Sevilla, a la entrada de la calle del Pescado, donde vivía con su esposa y servidumbre; puesto que lo había vendido y cobrado anticipadamente su precio para jugárselo todo a la última carta, cual era el *Jesús Nazareno*, en cuya bodega iban mercancías de la metrópoli por valor de quince mil pesos, de las que esperaba alcanzar cuatro veces más y además incrementar el beneficio con las correspondientes ganancias de lo que pudiera traerse en el viaje de vuelta. Por eso anuncié al inicio del presente capí-

tulo de mi relato que en aquel navío «navegan todas nuestras esperanzas».

Y al decir «nuestras esperanzas» digo bien, pues esas esperanzas eran las de don Manuel, las de su esposa, las de don Raimundo, las de los pocos criados de la casa y también las mías propias, por lo que paso a referir a continuación.

3. UN CONTABLE DONDE NADA HAY QUE CONTAR; ES DECIR, UN OFICIO SIN BENEFICIO

Cuando tuve la certeza absoluta de que don Manuel no poseía otra cosa que funciones sin ganancia y muchas deudas, tuve la valentía de encararme directamente con don Raimundo, el administrador, para, sin que mediaran palabras previas, decirle con soltura y concisión:

—Ya sé que en esta casa no hay fortuna alguna, sino penuria y pagos pendientes. Mi antecesor en el oficio me advirtió de ello y he hecho mis propias averiguaciones.

Nos hallábamos solos en el despacho de la correduría, el uno frente al otro, sentados junto a una mesa con cuatro papeles en blanco y un buen fajo de cartas con reclamaciones. El administrador se levantó y fue a cerrar la puerta que daba al patio. Luego regresó, volvió a sentarse y se quedó mirándome, avinagrado y cetrino, completamente hundido en la confusión. Al verle en tal estado, me envalentoné todavía más y, puesto en pie, añadí:

—¿Para qué sirve un contable en un negocio donde nada hay que contar? ¿Para qué se me necesita? Poco tengo aquí que hacer y menos que ganar.

Reinó el más incómodo silencio durante un largo rato. Él bajó la cabeza y tragó saliva. Vi su pelo ajado, de indefinido color semejante al del estropajo usado, que dejaba transparentar la piel de la calva blancuzca. Era el vivo espíritu de la decadencia; todo en él estaba gastado: la ropa, el cuello amarillento de la camisa, el chaleco descolorido, el triste fajín de lana pobre... También sus anteojos estaban viejos, rayados, por más que él los cuidara como a su propia vida, pues no veía nada sin ellos. A pesar de tan penosa imagen, no se me despertó la caridad sino que mi despecho me llevó a reprocharle:

—Seguro que vuestra merced tampoco cobra desde hace años. ¿Por qué sirve pues a don Manuel tan fielmente? Será porque no tiene donde caerse muerto...

Estas palabras mías debieron de dolerle mucho. Sacudió la cabeza gacha y murmuró con voz ahogada:

—Señor y Dios mío, dadme humildad, humildad y paciencia...

Había algo frailuno en aquel extraño hombre, en su mirada, en su manera de hablar, en sus manos pequeñas y blancas, en toda su persona cavilosa y reservada. Eso me parecía a mí entonces, cuando no bien hacía una semana que le conocía y las pocas palabras que había cruzado con él se referían solamente al escaso trabajo de la correduría, cual era apenas hacer un inventario, copiar alguna lista de precios y revisar lo que se pedía en las únicas cartas que se recibían, que eran todas de reclamación de pagos pendientes. Tal vez porque le veía así, inofensivo y timorato, o por no tener nada que perder, insistí con insolencia:

—Dígame de una vez vuestra merced qué puedo yo ganar al servicio de don Manuel de Paredes. ¡Dígamelo! Que no es de cristianos engañar o hacer simulación alguna en cosas que son tan de justicia. Dígame pues vuestra merced por qué se me ha ajustado en veinte reales diarios si bien sabe que no me serán satisfechos a la vista de las cuentas de esta casa.

Don Raimundo alzó al fin la cabeza, me miró sombríamente y me pidió en un susurro:

—Siéntese vuestra merced, por Dios. Yo le explicaré... Clavé en él una mirada llena de desconfianza y duda, pero acabé haciéndole caso para ver qué tenía que decir.

El administrador sacó entonces del bolsillo el pañuelo y se estuvo secando el sudor de la frente. Luego se quedó en silencio pensativo.

—Hable vuestra merced —le insté—. Baje vuaced la voz, por Dios —contestó preocupado, mirando hacia la puerta—. Seamos discretos.

—¿Discretos? Es de comprender que me impaciente. Necesito saber si voy o no voy a cobrar.

Él suspiró profundamente, infundiéndose ánimo, me miró al fin a los ojos y me habló con serenidad:

—Lo que tengo que decirle a vuestra merced le tranquilizará mucho. Hablaré con verdad, como en presencia de Dios estamos y sabemos que Él lo ve todo y lo oye todo. Por lo tanto, puede confiar en que todo lo que diré es tan verdad como que Dios es Cristo y Madre suya Santa María.

Dicho esto, se santiguó y esperó para ver qué efecto producían en mí tales palabras. Yo respondí:

—Si lo que me va a proponer es que he de trabajar a cuenta y fiados los sueldos, no siga vuestra merced por ese camino; porque ha dado con alguien que no admite tratar de fiar ni ser fiado, que mi padre se perdió por ahí y me dio buen consejo acerca de ese mal negocio.

—Buen consejo es, en efecto —dijo él con calma—. Aunque también es muy santa razón la del que anda por este mundo haciendo el bien a los semejantes fiado en que Dios le ha de dar la gloria entera al final, sin anticipo alguno en este mundo.

—No me eche vuaced sermones —repliqué—. Vamos al grano: ¿qué es lo que quiere decirme?

Él suspiró, se echó hacia atrás y me habló con su tono frailuno, como un maestro habla a su alumno.

—Don Manuel de Paredes, nuestro amo —dijo con veneración—, es un varón honesto, bueno, a quien el demonio ha hecho pasar muchas cuitas a lo largo de su vida. Siendo hidalgo, hijo y nieto de cristianos viejos, pudiera haber ganado aína fortuna y gloria en sus años mozos; mas quiso Dios que, no ahorrándole trabajos ni sacrificios, no encontrase nada más que espinas en su camino. Ahora es ya un hombre cansado y viejo, sin hacienda, sin hijos ni nietos que le sostengan en la vejez. Solo tiene esta corredería de Sevilla, que se vino abajo ha dos años, cuando el monopolio de los negocios de las Indias pasó a Cádiz y los negocios se fueron a aquel puerto. Los jóvenes pueden hacerse componendas nuevas. Pero ¿qué porvenir le aguarda ya a quien cuenta más de setenta años? No es esa edad para empezar nada...

—Bien dice vuestra merced —afirmé— tantos años no dan para mucho, pero yo tengo poco más de veinte y, como es natural, estoy en el momento oportuno para asentar la cabeza, ganarme la vida, casarme y fundar una familia, o sea, que tengo que trabajar y cobrar un sueldo y no hacer caridad a los viejos que ya cobraron lo suyo y lo echaron a perder, sea por las cuitas del demonio, por las espinas del camino o por lo que quiera que sea.

4. MI HUMILDE PERSONA

Llegados a este momento, paso a referir quién es el que esta historia escribe; a dar breve relación de mi vida, aunque consciente de que mis trabajos y adversidades poco importan y en nada afectan a la sustancia de los hechos tan

extraordinarios que me propongo narrar, con el auxilio de la divina Majestad, para rendirle gracias y alabarlo por las grandes mercedes que se dignó hacer en favor nuestro aquel peligroso —y felicísimo a la vez— año del Señor de 1682, cuando sucedió lo que nos ocupa en el presente relato.

Mi nombre es Cayetano, aunque todos me llaman Tano. Soy hijo de Pablo Almendro y María Calleja. Nada de interés puedo contar de mi infancia, salvo que nací en Osuna, villa de la que cuanto se diga o escriba siempre será poco, por la hermosura y fertilidad de sus campos, la grandeza de sus plazas, calles y palacios y la nobleza de sus linajes. Aunque de todas esas sobradas bendiciones poco me correspondió a mí, por haber nacido en casa ajena y pobre, al ser mis padres criados de los criados del regidor Cárdenas y solo guardo de la infancia memoria de infortunios y hambres. Murió joven mi padre, de fiebres, y siendo yo de edad de diez años, cerca de once, y el menor de cuatro hermanos, hálleme con una madre viuda muy honrada, mujer bella y buena cristiana, que hubo de casar de segundas con un hombre viejo, asimismo viudo, que le ofreció casa y sustento. Y mi padrastro, que ya tenía suficiente a su cargo con los hijos y nietos de su primer matrimonio, me dio al convento de los recoletos del Monte Calvario. Allí los frailes me enseñaron las cuatro letras y apreciaron mi habilidad para hacer cuentas; pero, viéndome crecido, aunque no de edad para casar, y que no me llamaba la vida del convento, me devolvieron al mundo. Poco podía yo hacer en Osuna que no fuera ser criado de criados; así que, acongojado de la pobreza y deseoso de fortuna, acordé venirme a Sevilla a buscar mis aventuras. Y salí descalzo, a pie y con solo lo puesto, que era una raída camisa y unos zaragüelles viejos que me apañó mi madre. En esta ciudad de las maravillas no le falta acomodo a quien sabe leer y escribir, pero más difícil resulta hallar techo fijo; de manera que anduve dos años aquí y allá, cobijándome donde buenamente podía; y

no viene a cuento referir ahora todas las cosas que vi y oí, y los trances que pasé, provechosos unos, mas poco ejemplares otros. Y con todo ello me vi con veinte años, sin adquirir fama ni riqueza alguna, por lo que me pareció oportuno ofrecerme en el puerto para lo que se pudiera necesitar de mi persona, hacer cuentas, escribir cartas o redactar memoriales.

De esta manera, pasé al servicio de un sargento mayor del Tercio Viejo de la Mar llamado don Pedro de Castro, el cual, poniendo los ojos en mí, me llamó y me preguntó si tenía amo o lo buscaba. Le respondí que estaba por libre y que precisaba dueño que me proporcionara salario y casa. Tuvo a bien ajustarme por cien reales y fue ésta la primera vez en mi vida que, aunque fuera de lejos, percibí el olor de la fortuna; y no por lo que me pagaba puntualmente, sino porque aquel militar gozaba de buena residencia familiar en Sevilla, con servidumbre, carroza, caballos de pura sangre y el goce de unos lujos y placeres que intuía yo antes que debían de existir, pero que nunca había visto hasta entonces. A los cuarteles no iba mi amo, sino a solo hacer acto de presencia cuando lo mandaba la ordenanza; y mientras sí y mientras no, mataba las horas en convites y fiestas en las haciendas más ricas, cuando no en tabernas y burdeles. Como yo le seguía a todas partes, recogía las migajas de aquel regalado vivir, encantado, como si estuviera en el mejor de los sueños. Mas el despertar había de llegar, y llegó, cuando las autoridades dieron a la flota la orden de zarpar. Entonces don Pedro, con la diligencia del más abnegado de los soldados, abandonó las mujeres, su casa y el vino, recogió sus cosas y me dijo una mañana: «Hasta aquí el holgar, ahora toca navegar». Creyó él que yo estaría presto a servirle en la mar lo mismo que en tierra y se puso a disponerlo todo para que me dieran las licencias oportunas que requería el paso a las Indias. Pero, igual que siendo mozo no me llamó el convento, mi voz interior me dijo que tampoco era yo hombre de navío ni de allende los mares.

Así que me planté y le dije que mejor me quedaba en Sevilla esperándole hasta su vuelta. Le causó gran disgusto esta renuencia, y me contestó que en el Río de la Plata tenía sobrada hacienda y gente a su servicio que necesitaba poner en orden; ofreciéndome ir allá y, con el tiempo, si hacía bien mi oficio, llegar a plenipotenciario en los negocios de su casa. A lo que yo respondí que debía pensármelo, porque nunca había estado en mi juicio pasarme a las Indias. Esto le contrarió aún más, hasta el punto del enojo, y se puso a dar voces llamándome «pusilánime», «cobardón», «alma de cántaro» y no sé cuántas cosas más; diciéndome que a nada llegaría en el mundo, estándome como quien dice a verlas venir, sin arrojo ni decisión. Y como era hombre furibundo y nada acostumbrado a ser estorbado en sus caprichos, me liquidó la cuenta pendiente y me echó a la calle, manifestando con altanería y regodeo que alguien sin arrestos como yo no era digno de tener un amo tan corajoso como él. Ganas me dieron de replicarle enmendándole, porque más que corajoso era corajudo, es decir, colérico y enojadizo, y mala vida le espera a quien sirve a un hombre así, ya sea en la Vieja España o en la Nueva.

Con este desengaño a cuestas, volví al puerto de Sevilla, a ofrecerme a los sobrecargos y a los corredores para las cuentas, las listas y las relaciones, que era lo que mejor sabía hacer.

Y he aquí que el administrador de don Manuel de Paredes andaba dando vueltas por los mentideros en busca de algún contable ocioso e ingenuo que estuviera dispuesto a ser esclavo en su arruinada corredería.

5. LA CASA